

preciso, absolutamente, que Doyce venga aquí, por cuanto ha de saber usted que es completamente inútil escribir, formar hipótesis y planes condicionales sobre tal ó cual cosa que deba acontecer en tal ó cual época; ante todo es preciso que venga Doyce. Mañana por la mañana quiero traerlos al amigo Daniel. ¿Qué me cuesta irle á buscar? Soy viajero aguerrido; ninguno de los idiomas y costumbres extranjeras me preocupa más que otros... no comprendo ninguno, y así nunca me hallo perplejo. Además, os lo repito, he de partir en seguida, pues no podría vivir sin respirar libremente, y no respiraré libremente hasta que Arturo se halle fuera de la cárcel. Mirad, mientras os estoy hablando me ahogo, y apenas me queda suficiente aliento para deciros que ya no lo tengo, y poder bajar este precioso cofrecillo hasta nuestro coche.

Llegaron á la calle en el momento en que la campana empezaba á tañer. El señor Meagles llevaba el cofrecillo. La niña Dórrit no tenía coche, lo cual sorprendió á su acompañante, quien tomó uno al paso, y haciendo subir á la joven, colocó junto á ella el cofrecillo.

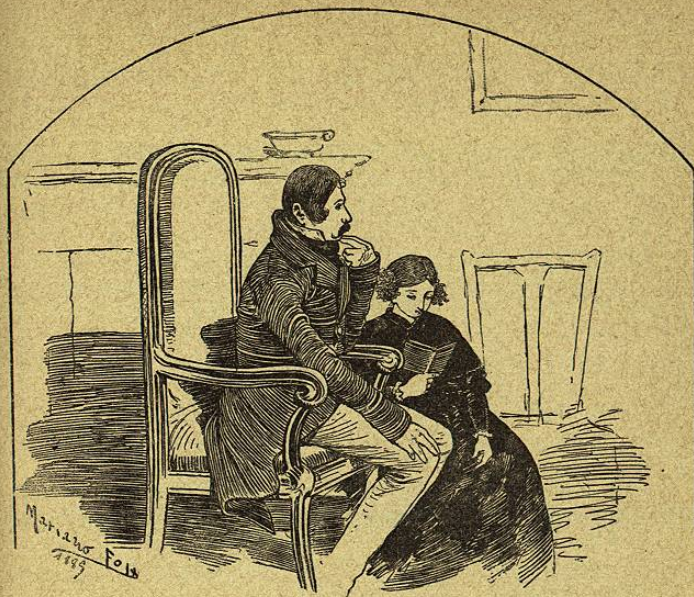
La niña Dórrit, entre gozosa y agradecida, le cogió una mano, llevándola á sus labios.

—No, no, querida mía—dijo el señor Meagles;—me causan pena esos testimonios de respeto que no merezco, y sobre todo de su parte... y ante la verja de esta prisión.

Amy se inclinó hacia él y le besó una mejilla.

—¡Ah! usted me recuerda el buen tiempo pasado—dijo el buen señor, cuya alegría se extinguió de repente,—pero ella ama mucho á Enrique, oculta sus defectos y piensa que nadie los ve... y además, él pertenece á una familia muy distinguida.

Era el único consuelo que encontraba en el matrimonio de su hija; y si sacaba de este consuelo ligero el mejor partido posible, ¿quién tendría valor para echárselo en cara?



#### CAPITULO XXXIV

##### La realización de un sueño

Era un magnífico día de otoño, de esa estación en que los campos, despojados de sus doradas espigas, han sido labrados de nuevo; en que los frutos del verano han madurado y desaparecido; en que las manzanas de los jardines, ruborizadas por los besos del sol, excitan el apetito; y en que las bayas presentan un tinte carmesí entre el follaje amarillento. En los bosques reconocíase ya la aproximación de ese invierno endurecido que llaman el invierno, viéndose á través de la espesura una perspectiva despejada de los vapores del soñoliento verano, velo tan ligero como la pelusilla que cubre el albérrchigo amarillo. Del mismo modo el océano, visto desde la playa, no parecía dormir al sol, sino que se agitaba alegremente en toda su extensión, desde la fresca playa hasta las pequeñas velas que desaparecían en el horizonte, impelidas por la misma brisa que arrastraba las hojas de los árboles. Severa y triste, conservando siempre á través de las esta-



ciones, que ignoraba, su aspecto mísero y lúgubre, la prisión de la Mariscalía no presentaba diferencia alguna en medio de los cambios de la hermosa naturaleza; los ladrillos y los barrotes permanecían inalterables como siempre.

Arturo Clennam, que sentado en su sillón prestaba atento oído á la dulce voz de la persona que leía á su lado, escuchaba al mismo tiempo la de la naturaleza con todas las consoladoras canciones que prodiga al hombre. La naturaleza era la única madre que le había mecido desde su infancia, haciéndole soñar tal vez en un porvenir lleno de promesas y de esperanzas que no debían realizarse en la juventud. Las entonaciones de la voz que escuchaba en aquel momento hacíanle pensar en su triste pasado, durante el cual no había conocido nunca ni el amor ni las caricias, ese bálsamo consolador que nos consuela en las tribulaciones de nuestra existencia.

Cuando la voz calló, Arturo, llevándose la mano á los ojos, dijo que no podía soportar más tiempo la claridad de la luz.

La niña Dórrit, que era la que leía, se levantó al punto para correr la cortina, hecho lo cual volvió á sentarse junto al sillón del preso. Maggy, sentada en el sitio de costumbre, ocupábase en hacer media.

—Esto acabará pronto, querido señor Clennam—dijo Amy, —pues no sólo las cartas que le ha dirigido á usted el señor Doyce están llenas de amistosas expresiones, sino que también las que ha escrito el señor Rugg contienen consejos muy útiles, sin contar que todo el mundo, una vez pasado el primer momento de enojo, está muy bien dispuesto en favor de usted, por lo cual debe esperarse que el asunto se arreglará brevemente.

—¡Querida hija mía, es usted un ángel para mí!

—Me lisonjea usted demasiado, pero me complace de tal manera oírle hablar así, que no tengo valor para impedirselo.

Arturo llevó á sus labios la mano de la joven, y dijo después de una pausa:

—¿Ha venido usted aquí á menudo sin que yo la viese, mi querida niña Dórrit?

—Sí, he estado algunas veces sin entrar en su habitación.

—¿Con mucha frecuencia?

—Sí, bastante—contestó la joven algo confusa.

—¿Todos los días?

—Creo que he venido dos veces diarias.

Arturo, lejos de abandonar la pequeña mano que estrechaba entre las suyas, púsola sobre su corazón.

—Querida niña Dórrit—dijo después de una pausa,—no sólo mi cautividad cesará, sino que también el sacrificio de usted debe tener pronto término. Será preciso acostumbrarnos á vivir lejos uno de otro, á seguir cada cual la senda que se nos ha trazado, pues no debe olvidar lo que le dije la primera vez que vino aquí.

—¡Oh! no lo olvido; pero debo advertirle que ha sucedido algo desde aquel día... ¿Se siente usted hoy bastante fuerte para escuchar lo que necesito decirle sobre mi gran fortuna?

—¡Oh! sí, ya puede usted hablar... me alegraré saberlo todo; pero antes le diré que no hay fortuna que no merezca la niña Dórrit.

—Ya hace mucho tiempo que ardo en deseos de revelarle una cosa. ¿Insiste usted en no aceptar lo que poseo?

—¡Jamás!

—¿No quiere usted ni siquiera la mitad?

—¡Nunca! querida Amy.

Mientras la joven hablaba, su semblante tenía una expresión que Arturo no pudo comprender; hubiérase dicho que la niña Dórrit deseaba llorar y que al mismo tiempo estaba contenta.

—Sin duda sentirá usted lo que voy á decirle—añadió la joven,—pero es forzoso que lo sepa. La pobre Fanny lo ha perdido todo, y sólo puede contar con el sueldo de su marido. De lo que papá le dió no le queda ni un cuarto, pues su fortuna se hallaba en las mismas manos que le hizo perder á usted la suya.

Arturo manifestó más pesar que sorpresa.

—Yo confiaba—dijo,—en que no naufragaría como yo; pero pensando después que su esposo era hijastro del señor Merdle, temí que perdería mucho. Y así fué; ya no tiene nada; lo siento mucho por mi pobre Fanny, y también por mi hermano, que se halla en la misma situación.

—¡Cómo! ¿había colocado también dinero en manos de ese hombre?

—Sí, y todo se ha perdido. ¿Adivina usted ahora á cuánto asciende mi gran fortuna?

Mientras que Arturo fijaba una mirada interrogadora en la niña Dórrit, ésta retiró su mano y apoyó la cabeza en el hombro de Arturo.



—Nada tengo ya—dijo después de una pausa,—soy tan pobre como cuando habitaba en otro tiempo esta prisión. Cuando papá volvió á Inglaterra, confió su fortuna á las mismas manos, y todo ha desaparecido. ¡Oh querido señor Clennam! ¿está usted seguro de que no quiere aceptar la mitad de mi fortuna?

Arturo estrechó contra su corazón á la niña Dórrit, que rodeó á su vez con sus brazos el cuello del preso.

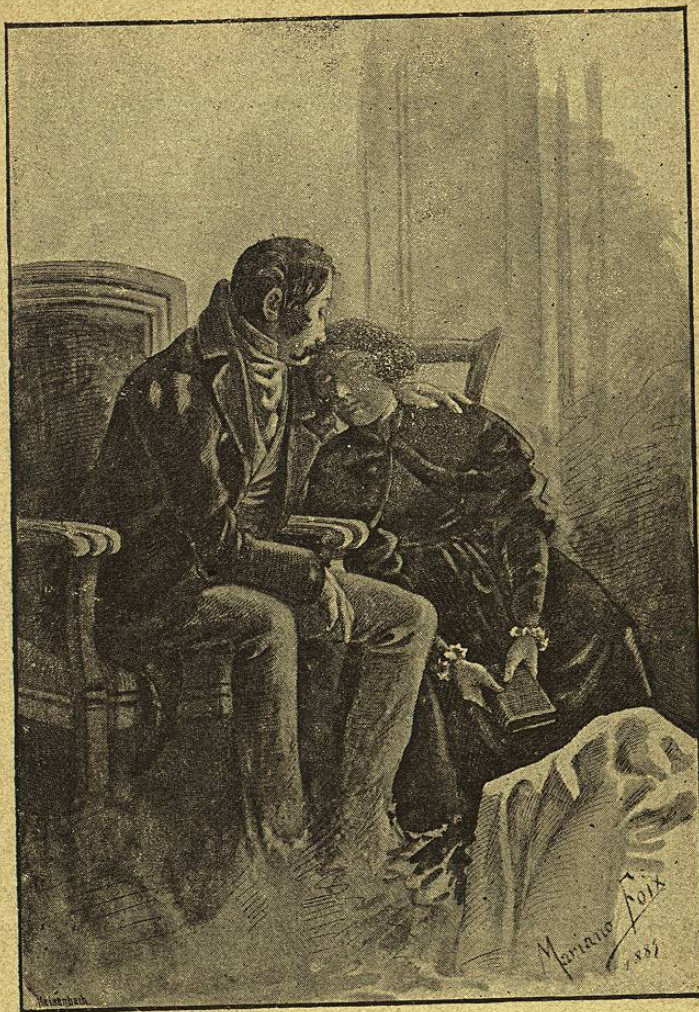
—Ya no nos separaremos más hasta la última hora, querido Arturo—murmuró la joven.—Nunca he sido tan rica, ni tan orgullosa, ni tan feliz como en este momento: ahora soy rica porque me quiere usted; orgullosa porque no me aceptó cuando lo era; y feliz porque me hallo á su lado en esta prisión, y porque espero consolarle y cuidarle con toda mi solícitud. Soy de usted para siempre y en todas partes, porque le amo con toda mi alma. Prefiero pasar mi vida en esta cárcel con usted y salir diariamente para ganar nuestro sustento, que poseer la mayor fortuna del mundo y ser la más hermosa dama que jamás haya existido. ¡Oh! ¡qué diría mi padre si supiera que soy al fin feliz en esta habitación donde él sufrió tanto tiempo!

La pobre Maggy, que no había necesitado esperar hasta el fin de aquel diálogo para verter abundantes lágrimas, levantóse para abrazar á su madrecita, y salió después apresuradamente con la esperanza de encontrar á alguien á quien confiar su alegría.

La casualidad quiso favorecerla, pues en la puerta de la prisión encontró á Flora en persona, acompañada de la tía Finching.

Dos ó tres horas después, y como consecuencia de este encuentro, la niña Dórrit, al salir de la cárcel, vió á Flora, que al parecer la esperaba, y que llamó su atención por sus ojos enrojecidos y su expresión de tristeza. En cuanto á la tía Finching, estaba tan rígida, que seguramente se habría necesitado una fuerza mecánica de veinte caballos para doblarla; llevaba el ridículo pendiente del brazo; y su sombrero echado hacia atrás comunicábale un aspecto amenazador que en cierto modo infundía risa. Obligada á esperar con Flora en la escalera del director hasta que la niña Dórrit saliese, la extravagante anciana fué durante dos ó tres horas blanco de las pullas de los presos más jóvenes.

—Señorita—dijo Flora, acercándose á la niña Dórrit apenas la vió salir,—comprendo que es imprudente proponer una



...y apoyó la cabeza en el hombro de Arturo



entrevista en una localidad cualquiera á una persona tan superior á mí por su fortuna y su posición; pero me atreveré á rogarle que entre en la humilde pastelería de enfrente, donde hay un saloncito reservado muy propio para conversar. En interés de Arturo... dispense usted, nunca pierdo la costumbre de llamarle así, y ahora es más inconveniente que nunca... deseo dar una última explicación; y espero que me dispense por haber elegido para esto semejante lugar, tan poco digno de usted.

La niña Dórrit, interpretando como debía este vago discurso, contestó que estaba á la disposición de Flora. Entonces las tres mujeres cruzaron la calle é introdujéronse en el humilde establecimiento, donde la viuda había encargado ya tres pasteles de riñones.

Una vez en el saloncito reservado, lo primero que hizo Flora fué sacar el pañuelo; y después de una pausa entabló la conversación.

—Si engañosas ilusiones—dijo,—me hicieron concebir la dulce esperanza de que cuando Arturo recobrase la libertad no rehusaría mi... amistad... no quiero decir otra cosa... ahora ya se han desvanecido aquéllas y todo se olvidará; pero sabiendo que hay de por medio otras relaciones más tiernas, deseo asegurarle que hago votos sinceros por él y por usted, y que no me quejo de uno ni de otro... Tal vez piense algunas veces con dolor que antes que la mano del tiempo me hubiera engordado tan horriblemente, poniéndome tan coloradota, nuestro casamiento hubiera podido efectuarse á no impedirlo crueles padres; pero no quiero dejar de ser generosa con Arturo ni con usted; le deseo sinceramente toda clase de felicidades.

La niña Dórrit estrechó la mano de Flora y dióle gracias por su bondad.

—Esto no es ser bondadosa—dijo Flora, dando un beso á la joven,—usted es la que tiene el corazón más noble y generoso que jamás conocí; pero vamos á otra cosa, pues antes de que llegue la hora de la despedida, necesito pedir un favor... Yo quisiera que, en recuerdo de nuestras relaciones de otra época, y como prueba de mi fidelidad, llegara á conocimiento de Arturo, por conducto de usted, que no le he abandonado en su desgracia; que, muy por el contrario, he venido de continuo á preguntar si podía hacer algo en su favor, permaneciendo siempre en esta pastelería, donde tenían la



bondad de ir á buscar para mí un vasito de alguna bebida caliente.

Al decir esto Flora tenía lágrimas en los ojos; y por cierto que le sentaban muy bien.

—Además—prosiguió Flora,—yo le suplico... ya que es la más generosa criatura que he conocido en el mundo, que diga á Arturo de mi parte, que no sé, después de todo, si la historia de otro tiempo fué sólo una pura broma, aunque tan divertida al principio como triste al fin. No niego, sin embargo, que si al volver Arturo después de tan prolongada ausencia me hubiera hecho proposiciones, le habría escuchado con mucha satisfacción; porque, á decir verdad, me aburro en casa, por ser papá el hombre más enojoso del mundo, sobre todo desde que ese rebelde Pancks ha hecho de su cabeza una cosa fenomenal.

Aunque sin poder seguir á la viuda de Finching en aquel laberinto de palabras, la niña Dórrit comprendió el objeto de Flora y prometiéndole cumplir con el encargo.

Entre tanto, la tía Finching, que había acabado de comer su pastel de riñones con mucha gravedad, y que sin duda meditaba algún insulto desde que ocupó una posición pública en la escalera del director de la prisión, aprovechó la oportunidad para decir á Flora con tono irritado:

—¡Que me la traigan aquí para tirarlo por la ventana!

Flora trató en vano de calmar á la buena dama, diciéndole que era llegada la hora de ir á comer; pero la tía Finching repitió con más energía:

—¡Que lo traigan aquí para que yo lo arroje por la ventana!

Después de dar varias veces esta orden cruel, fijando en la niña Dórrit una mirada implacable, la extravagante anciana se cruzó de brazos y sentóse en un rincón, declarando enérgicamente que no se moviera de allí hasta que no le llevaran la misteriosa víctima de su cólera, á fin de ejecutar en ella la voluntad del destino, es decir para arrojarla por la ventana.

Flora manifestó á la niña Dórrit que hacía varias semanas que la tía Finching no había manifestado tanta irritación y tenacidad, por lo cual necesitaría tal vez tres ó cuatro horas para convencer á la inexorable dama, cosa que sería más fácil cuando quedasen las dos solas. En su consecuencia, la niña Dórrit se despidió de su amiga, quedando ambas muy contentas una de otra.

Flora pasó casi todo el día entretenida con la lectura de algunos diarios, interrumpiéndola á intervalos para comer un

pastelito y humedecerse los labios en una bebida confortante; y al fin fué preciso enviar á buscar un coche, para sacar de allí poco menos que por fuerza á la tía Finching, empeñada en sacrificar una víctima.

El otoño pasó; la niña Dórrit iba continuamente á la prisión, y ya no dejaba de hacer su visita ni una sola vez al prisionero.

Una mañana, cuando Arturo esperaba á cada instante oír los ligeros pasos de la joven, que diariamente hacían latir su corazón, parecióle que al fin subía, pero acompañada; y muy pronto oyó su voz que decía:

—Querido Arturo, le traigo una visita. ¿Puedo hacerla entrar?

Clennam había creído oír los pasos de tres personas, pero contestó:

—Adelante.

La niña Dórrit entró con el señor Meagles, que radiante de alegría, adelantóse para estrechar entre sus brazos á Arturo.

—¡Vamos!—dijo después de una pausa,—todo va bien; ya está hecho; pero confíese usted, Arturo, que pensaba verme mucho antes.

—En efecto—contestó Clennam;—pero Amy me dijo que á no pedir otras explicaciones, no debía esperar más noticias hasta el día en que nos viéramos.

—Pues bien, ya me ve usted, amigo mío, y ahora voy á darle todas las explicaciones posibles. El caso es que ya he venido aquí antes; pero no se hallaba usted en situación de recibir visitas, y hube de marchar para dar alcance á Doyce.

—¡Pobre Doyce!—murmuró Clennam.

—No hable usted de él así—repuso Meagles,—porque nuestro común amigo no tiene nada de pobre; yo le aseguro á usted que sus negocios van muy bien. Doyce es un gran hombre allí, y todo sale á medida de su deseo. En un país donde no hay empeño en que las cosas se hagan, ni se busca quien las haga, es imposible adelantar; pero donde sucede lo contrario se progresa rápidamente. Ya no necesitará usted importunar á esos señores del ministerio de Circunlocuciones, porque Daniel ha sabido prescindir de ellos. Tengo el gusto de anunciárselo á usted.

—Con eso se me quita un peso de la conciencia—replicó Clennam;—no puede usted imaginar hasta qué punto llega mi satisfacción.

—No hable usted de esto antes de haber visto á Daniel. Le



aseguro que dirige allí trabajos que le espantarían por su grandiosidad; en aquel país no se le mira como un criminal; le han concedido medallas, y cintas, y cruces, y no sé qué más, como si fuera algún duque; mas no hablemos de estas cosas aquí.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque en nuestro país no se debe hablar de nada de esto; esté usted seguro que Doyce no dirá una sola palabra cuando venga.

—Aunque me hubiera usted devuelto la mitad de lo que he perdido—replicó Arturo,—no me habría causado esto más alegría que las noticias que acaba de darme.

—Ya lo sé, ya lo sé—repuso Meagles,—y por eso he comenzado por ellas. Ahora añadiré que al fin alcancé á Doyce, cayendo en medio de aquellos genizaros que llevan gorros de mujer muy grandes, y pretenden pertenecer á la raza árabe ó no sé qué otra, las cuales conocerá usted sin duda mejor que yo, por haber viajado tanto. Doyce iba á emprender la marcha precisamente cuando yo llegué; de modo que hemos vuelto juntos.

—¿Doyce está en Inglaterra?—preguntó Arturo.

—¡Allí!—contestó Meagles extendiendo el brazo.—¡Yo siempre hago de las mías, y soy el peor negociante que se pueda encontrar; ignoro lo que habría sido de mí si me hubiese dedicado á la diplomacia, porque no entiendo de rodeos y siempre voy por el camino derecho. En una palabra, querido Arturo, hace ya unos quince días que estamos en Inglaterra; y si ahora me pregunta usted dónde se halla Doyce en este momento, le contestaré en buen inglés: ¡allí! Ya he dicho bastante, déjeme usted respirar un poco.

En el mismo instante, Doyce, que estaba detrás de la puerta, precipitose hacia Arturo, cogiéndole las manos y le refirió todo lo demás.

—Ahora sólo me resta advertir tres cosas, querido Clennam—añadió el honrado industrial,—y esto no será largo. *Primo*, que no se hable una palabra más de lo que pasó; ha incurrido usted en error al hacer sus cálculos, y ya sé yo lo que sucede en tales casos; esto descompone el mecanismo, y resulta que todo va al revés; aproveche la lección para evitar otro inconveniente, advirtiéndome que yo también cometí errores análogos al construir una máquina. Cada nueva falta nos enseña alguna cosa, cuando queremos aprovecharnos, y usted tiene demasiado buen sentido para no hacerlo. Pase-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
CALLE DE LA LIBERTAD, 1625 MONTERREY, MEXICO

mos al *secundo*: he sentido muchísimo que tomase usted la cosa tan á pecho, culpándose con demasiada severidad; y he viajado noche y día para venir á poner orden en todo esto con nuestro común amigo. *Tertio*: los dos hemos pensado que después de haber sufrido usted tanto por su abatimiento y su enfermedad, le proporcionaríamos una agradable sorpresa permaneciendo invisibles hasta que los asuntos se arreglasen tranquilamente á satisfacción de usted, para venir á decirle luego que todo estaba corriente, que la casa no le ha necesitado nunca tanto como ahora, y que se abre una nueva carrera para ambos en nuestra calidad de socios. Mi querido Clennam, tengo la mayor confianza en usted, y puede serme tan útil como yo para mi socio. Su antiguo escritorio le espera y necesita mucho su presencia. Nada hay ya que pueda retenerle aquí ni media hora.

Sucediose una pausa, durante la cual Arturo permaneció con la vista fija en el patio, mientras que se acercaba á él la que debía ser muy pronto su esposa.

—He dicho—añadió Doyce,—que nada podía retenerle aquí media hora más; mas parece que he sentado un hecho erróneo. ¿Me equivoco al creer, querido Clennam, que preferiere usted no salir de aquí hasta mañana por la mañana? ¿Habré adivinado, sin ser muy malicioso, dónde desea usted ir directamente al salir de esta habitación y de esta cárcel?

—Sí—contestó Arturo,—ese es mi ardiente deseo.

—¡Muy bien!—repuso Daniel,—en tal caso, si la señorita me hace el honor de considerarme durante veinticuatro horas como un padre, y me quiere acompañar hacia la iglesia de San Pablo, sin duda encontraremos algo que hacer allí.

La joven y Daniel Doyce salieron á poco, y Meagles se quedó para hablar dos palabras con su amigo.

—Creo, Arturo—dijo,—que mañana por la mañana podrá usted prescindir de la madre y de mí, pues ella pensará al punto en su hija, y ya sabe usted que se enternece muy pronto. Mejor será quedarnos en Twickenham.

Dicho esto, separáronse los dos amigos... y el día tocó á su fin, y transcurrió la noche, y reapareció el día; y la niña Dórrit, tan sencillamente vestida como de costumbre, penetró en la prisión con los primeros rayos del sol, sin más compañía que Maggy. En la mísera habitación todo era felicidad aquella mañana. ¿Dónde se hubiera podido encontrar en el mundo otra en que reinase tan tranquila dicha?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
CALLE DE LA LIBERTAD, 1625 MONTERREY, MEXICO



—Amor mío—dijo Arturo,—¿por qué enciende Maggy el fuego, puesto que nos vamos en seguida?

—Yo le he rogado que lo encienda..., porque me ha ocurrido una idea extraña. Quisiera que usted quemase una cosa por mí.

—¿El qué?

—Este papel doblado en cuatro; si quiere usted arrojarlo al fuego por su propia mano, tal como está, mi capricho quedará satisfecho.

—¿Es usted supersticiosa, mi querida Dórrit? ¿Será esto un talismán?

—Es todo lo que usted quiera, amigo mío—contestó la joven empujándose para besar á Arturo,—con tal que consienta en obedecerme.

Clennam permaneció inmóvil delante de la chimenea, rodeando con un brazo la cintura de la joven, y cuando el fuego estuvo encendido le preguntó:

—¿Llamea ya lo suficiente?

—Sí—contestó la niña Dórrit.

—¿Y será preciso pronunciar algunas palabras mágicas?—preguntó Arturo acercando el papel al fuego.

—Sí, diga usted: «yo te amo!» si estas palabras son la expresión de lo que siente.

Arturo las pronunció, mientras que el papel ardía.

Pocos momentos después cruzaron el patio solitario, pues no se veía persona alguna, aunque más de un preso los miraba, oculto detrás de las cortinas. En la portería sólo encontraron un carcelero: era un antiguo conocido; y después que los dos le hubieron hablado algunas palabras con la mayor bondad, la niña Dórrit retrocedió y díjole, ofreciéndole su mano:

—¡Adiós, amigo Juan; le deseo á usted tanta felicidad como la que quisiera para mí!

Desde la cárcel se trasladaron á la iglesia vecina, y adelantáronse hasta el altar, donde ya los esperaba Daniel Doyce en su calidad de padrino. Allí estaba también un antiguo amigo de la niña Dórrit, el anciano bedel que cierta noche le hizo una almohada con el registro de difuntos, y que parecía muy satisfecho de que se casase allí.

Y allí se efectuó la solemne ceremonia, mientras que el sol les iluminaba á través de la imagen del Señor pintada en los vidrios. Después entraron en aquella misma sacristía, donde la niña Dórrit durmió cierta noche, para estampar su nombre

en el registro de matrimonios. Allí se hallaba Pancks, nombrado primer dependiente de la casa Doyce y Clennam, y que en su calidad de testigo daba el brazo derecho á Flora y el izquierdo á la sencilla Maggy. En último término del cuadro figuraban los Chiverys, padre é hijo, con los demás carceleros, que se habían ausentado un momento de la cárcel para ver á la hija feliz de la Mariscalía. Flora, á pesar de su reciente declaración, no parecía una mujer que acabase de retirarse del mundo; muy por el contrario, habíase vestido con todo lujo y parecía interesarse vivamente en la ceremonia, aunque manifestaba la agitación de una joven á quien acabasen de pedir su mano por primera vez.

Cuando la niña Dórrit se acercó para firmar, su anciano amigo el bedel le presentó la pluma diciendo:

—Esta señorita es una de nuestras curiosidades, y hela aquí llegada al tercer volumen de los registros de la parroquia: nació en lo que yo llamo el tomo primero; ha dormido en el suelo de esta sacristía con su linda cabeza apoyada en lo que llamo el tomo segundo; y por último inscribe su nombre en el tomo tercero.

Apenas firmaron los recién casados, todo el mundo se apartó para dejarlos pasar. Cuando la niña Dórrit y su esposo salieron de la iglesia, detuviéronse en los escalones del pórtico, contemplando la fresca perspectiva de la calle, iluminada en aquel momento por los dorados rayos de un sol de otoño.

Después bajaron... y luego siguieron bajando por la escala de una vida feliz y pacífica, para prodigar al cabo de algún tiempo sus cuidados, no sólo á sus propios hijos, sino á los que Fanny abandonara... para brillar en el mundo. Arturo y la niña Dórrit atravesaron tranquilamente todas las fases de su existencia, siempre dichosos é inseparables, sin dejarse dominar nunca del orgullo, de la vanidad y de todas las funestas pasiones que imperan en este mundo.

